



El puerto de Dieppe.

Pintoresca en extremo es la vista del puerto de Dieppe y del faro de Lhay, que se descubren en lontananza en la lámina que sirve de cabeza á este número; por eso hemos trasladado á nuestras columnas una copia de este diseño, tomado desde una estremidad del murallon, cortado á pico, que defiende aquel terreno, célebre ademas por las antigüedades que en él existen, á causa de haber servido de asiento á una ciudad de los galos, anterior á la conquista de los romanos.

¿Valemos nosotros lo que valian los antiguos?

*Hoc majores nostri questi sunt; hoc nos
querimur; hoc posterí nostri querentur:
at ista stant loco eodem stabuntque.*

Con frecuencia nos entregamos á tristes reflexiones sobre la degeneracion de la especie humana. Antiguamente, se dice, los hombres valian mucho mas que ahora; gozaban siempre de salud, comian con buen apetito y vivian largo tiempo: los inviernos eran menos rigurosos, las primaveras mas alegres, los estios menos ardientes, y los otoños mas templados; es evidente que ha habido una revolucion en el globo; que las estaciones han cambiado, y

que los temperamentos se han vuelto débiles. El padre Feijóo es de parecer enteramente opuesto, pretendiendo que sigue todo hoy como en lo antiguo; que nuestro sol vale lo que valia á nuestros mayores: que no se vivia mas treinta siglos hace de lo que se vive en nuestra edad; y cita la Biblia cuyo testimonio no espera sea recusado. Por esto el rey David, que 1085 años antes de Jesucristo, es decir, cerca de tres mil años ha, asegura en uno de sus salmos que el hombre no pasa de setenta años. Sobre esto el padre Feijóo observa que el mismo David no llegó á mucho mas, y que al cumplir los setenta quedó tan friolero, que no se podía hacerle entrar en calor, que era preciso envolverlo en estofas de seda y franelas de Inglaterra, y recurrir á una joven y calorosa sunamita para impedir que se helase en la cama.

No anduvieron mejor las cosas en el Nuevo Testamento. San Juan, á quien se llama el Matusalen de la nueva ley, no pasó de noventa y tres años. Plinio, que cita los ancianos de su tiempo, casi nombra solo octogenarios, y si presenta algunos centenarios, son en tan corto número que apenas deben mentarse. En 1726 murió en Galicia un pobre labrador llamado Juan Onteiro, vecino de Fefiñanes, que contaba ciento cuarenta y seis años. En San Juan del Poyo, tambien en Galicia, se vieron en el siglo XVIII trece ancianos, entre los cuales el mas joven tenía ciento y diez años, y juntos formaban quince siglos. El inglés Eccleston

2 DE DICIEMBRE DE 1849.

murió á los ciento cuarenta y tres años, y Juan Effingham en 1737 habia vivido ciento cuarenta y cuatro. Tomas Parr murió en 14 de Noviembre 1633 á la edad de ciento cincuenta y dos años; y quizás viviera aun este hombre singular si la pension que le concedió Carlos I no le hubiese inducido á variar su género de vida sencillo y frugal. Por último ha descollado en edad sobre todos los hombres en tiempos modernos Enrique Jenkins, á quien las pruebas mas auténticas conceden ciento sesenta y nueve años. No hay mes en que nuestras gacetas no refieran ejemplos de longevidad considerable.

En cuanto á Nestor y algunos otros, que segun los poetas vivieron mas de trescientos años, el P. Feijóo cree que hay algun descuento, y opina que en hechos de exactitud y veracidad, no es á los poetas á quienes se debe recurrir. Es cierto que algunos escritores en prosa afirman que Juan Destemple, escudero de Carlo-Magno, vivió hasta la edad de trescientos setenta años, pero el padre benedictino supone que estos prosistas tenían alguna afinidad con los poetas; y por otra parte si el hecho es cierto, prueba que en tiempo de Carlo-Magno las generaciones no estaban aun muy degradadas.

Por lo que respecta á la fuerza corporal, los antiguos citan á Milon de Crotona, que llevó un buey sobre sus espaldas á distancia de un estadio, le mató de un puñetazo y lo comió en un día: el hecho es fuerte; y así se han encontrado críticos que han pretendido haberse comido alguna falta por los que lo copiaron, y que debía leerse *ovem* en vez de *bovem*: esto explicaria mejor el milagro. El P. Feijóo no objeta estas interpretaciones, opone á Milon un bravo español llamado Sotillo, á quien todo Madrid vió lanzar á doce pasos una piedra de cuatrocientas libras de peso: es cierto que no la comió; pero si se hubiese presentado alguno bastante poderoso para convertirla en pan, ¿sabemos lo que hubiera sucedido? Los anales de la gastronomía contienen muchos ejemplos de un vigor de apetito y de estómago que pueden gloriosamente rivalizar con la proeza de Milon de Crotona: ¿pero quién podria asegurar que la historia de este célebre atleta no la sido escrita por un sabio retórico quizás demasiado apasionado á las hipótesis?

De todo esto el erudito Feijóo concluye que los hombres son hoy día lo que eran antiguamente; que es presumible que las generaciones venideras se parecerán á la generacion actual, y que verdaderamente es tener lágrimas de sobra dedicarlas á la pretendida decadencia de la especie humana.

Pero si el mundo se ha conservado bastante bien en lo físico, ¿se ha constituido felizmente en lo moral? ¿Tenemos Sócrates y Catones como antiguamente? ¿Nuestras mugeres son tan fieles, nuestros hijos son tan dóciles, nuestros sacerdotes tan piadosos, nuestros mercaderes tan escrupulosos, nuestros abastecedores tan delicados, nuestras hijas tan modestas? ¿Tuvo razon Horacio, cuando dijo que todos los siglos van declinando, que nuestros padres valian menos que sus abuelos, que nosotros valemos menos que nuestros padres, y que nuestros hijos valdrán menos aun que nosotros? ¿Es verdadero que hubo una edad de oro en que todas las esposas eran modelos de discrecion, de pudor, de amor conyugal; todos los maridos amables y oficiosos, en la cual no se conocian médicos, abogados, cocineros, boticarios, aduaneros, perceptores de contribuciones, guardas de caza, guardas campestres; en que se repartian sin querellas todos los bienes de la tierra; en que se contentaban los hombres comiendo miel y bebiendo leche? ¿Es verdadero que á esta edad de oro haya sucedido otra de plata, despues otra de cobre, y que nosotros vivimos en el siglo de hierro?

Si se cree á los que no pueden ya comer, ni bailar, ni hacer la corte á las bellas, en su tiempo todo iba mejor; se era mas instruido, mas respetuoso, menos gastador, se andaba mejor vestido, mejor alojado, mejor alimentado; la sangre era mas pura, la especie mas bella, la constitucion mas fuerte, el espíritu mas abierto, el corazon mas franco; todo era mejor, hasta las peras de D. Guindo eran mas azucaradas y mas finas. Pero nuestro benedictino está lejos de creerlos bajo su palabra: ha examinado atentamente todas estas cuestiones, y sus resultados son, que tan malos como somos, nuestros padres no eran mejores que nosotros. Empieza por Adán y Eva, que en vez de vivir felices y satisfechos en un magnífico jardín, en que encontraban sin trabajo todo lo que podia complacer á sus deseos, quisieron mas hacer pacto con Satanás que vivir en buena inteligencia con

Dios, y se dejaron arrojar vergonzosamente de la mas bella mansion que honradas gentes pudieran habitar. Pasa luego á Cain, que por un criminal movimiento de odio ó de celos, mató á su hermano Abel: describe los escesos y crímenes de esta raza de Cain, que traspasó realmente todos los límites de la justicia y de la razon, hasta que Dios no vió otro partido que tomar que destruirla enteramente.

Exceptuó no obstante á Noe y á sus hijos, que apenas salidos del arca, empezaron ya otra vez la revolucion contra Dios fabricando una torre enorme para burlarse en adelante del Diluvio. El padre benedictino repasa los altos hechos de Nemrod, que redujo á sus iguales á la servidumbre, y dió el primer ejemplo al hombre de atentar contra la libertad de sus semejantes. Refiere las fastidiosas aventuras de Sodoma y de Gomorra, de Lot y de sus hijas, la proscripción de José, los desastres de Egipto, la idolatria de Israel en los desiertos, las debilidades del santo rey David, los desórdenes de sus hijos, la crueldad de Adoniselec, rey de Jerusalem, que hizo poner bajo su mesa setenta pequeños reyes, á los cuales habia mandado cortar las estremidades de los pies y de las manos: la de Abimelech, que para subir al trono, hizo bajar sin reparo al imperio de los muertos á setenta de sus hermanos. Recorre la lista de los augustos soberanos de Israel y de Judá casi todos idólatras, perjuros, indolentes y crueles: llega al reinado de Aristóbulo, que hizo morir de hambre á su propia madre; al de Herodes que mandó degollar todos los inocentes menores de dos años, lo que obligó á Augusto á decir que preferiria ser el cochino del tirano á ser su hijo; y despues de esta enumeracion de barbaridades, pregunta nuestro autor: ¿qué debieron hacer los otros pueblos, si el pueblo de Dios se condujo de esta manera?

Demuestra que la guerra de Troya fué causada por la audacia de un jóven libertino y la incontinencia de una princesa hermosa: que Elena se habia dejado ya seducir por Teseo, y que su criminal cuñada Clitemnestra no era mas casta ni mas fiel esposa que ella. Describe el frenesí de los mas célebres reyes de Babilonia y de Persia, tales como Sardanápalo, que pasó su vida en lo interior de su palacio rodeado de una tropa de mujeres, de que habia tomado el vestido y las costumbres, manejando la rueca y el huso entre ellas, no sabiendo hacer otra cosa que hilar, comer, beber y entregarse á los placeres mas infames: un Nabucodonosor, lleno de orgullo, y reducido en castigo de sus escesos á pacer la yerba de los campos y vivir en medio de los bosques convertido en buey, segun unos, y cambiado en gallina, pavo ú oca segun otros: un Jerjes, que en el acceso de su locura hizo azotar el mar: un Artajerjes, prodigio de amor fraternal, pues en una mañana hizo degollar ochenta de sus hermanos. Nuestro autor cita luego la autoridad del filósofo Asclepiadoro, el cual habiendo pasado á la Siria para estender sus conocimientos y aumentar sus virtudes, confesó francamente que en todo el camino solo habia encontrado tres hombres que no fuesen tunantes.

¿Se quiere pasar de Siria al Lacio, y examinar el imperio de Roma? Comienza Rómulo matando á su hermano Remo, los tarquinos cometen mil escesos. Tulia hace pasar su carro por cima del cadáver de su padre, se destronan los reyes, y para adular al pueblo los cónsules devastan toda la Italia con guerras las mas injustas y crueles: los decenviros presentan á Virginia á su padre, y obligan á este desgraciado á degollar á su hija para salvarla del deshonor. Toda la historia romana es un tejido de injusticias, usurpaciones y calamidades para el género humano.

En fin, llegan las guerras de Mario y Sila, las de César y Pompeyo, las proscripciones de Antonio, de Augusto y de Lépido, los reinados de Tiberio, Caligula, Neron, Domiciano; la humanidad respira un momento bajo Trajano y Antonino, pero vienen luego Cómodo, Heliogábalo y todos los monstruos que desolaron la tierra durante tantos siglos. Se nos eita, es verdad, á Lucrecia y á las Vestales, pero para un modelo de virtud, cuántos ejemplos de vicios y crímenes de todas clases!

Se sabe hasta qué punto los griegos y romanos elevaron la gastronomía. Los devoradores de la montaña de Cauca no son mas que anacoretas en comparacion de los Apícius, Esopos, Lúculos y tantos otros que habian inventado recetas para arrojar despues de comer, y volver á tragarse al momento.

El cristianismo puso algun remedio á la depravacion

general; se vieron durante un corto número de años hombres virtuosos que practicaban con puro corazón los preceptos del Evangelio; pero este fervor duró poco tiempo. San Crisóstomo, que florecía en el siglo IV de la iglesia, se entrega á las mas amargas reflexiones acerca del desorden y la decadencia de costumbres. Según él, no había en toda la ciudad de Antioquia, que contaba mas de seiscientas mil almas, cien personas que pudiesen admitirse por buenos amigos, lo que da un hombre de bien por cada seis mil.

San Agustin, que vivía en el mismo tiempo, no nos da mejor idea del occidente: y si se cree lo que dice en un comentario sobre el salmo 48, solo había en todo el país de cristianos que conocía, dos ó tres de quienes él hubiese querido responder. San Gregorio, cuyos talentos y virtudes dieron honor al siglo VI, compara la iglesia al Arca de Noé, que encerraba muchos animales y pocas criaturas razonables.

Consúltense los anales de nuestra monarquía; véanse casi todos los reyes godos morir asesinados, hermanos matar á sus hermanos, hijos inocular á sus padres para poseer un trono del que habían de descender envenenados. Ved á Eurico, á Leovigildo, á Witerico, á Witiza, á Rodrigo, monárquas de la humanidad, cebarse en la sangre y en los tormentos de sus hijos, de sus parientes y amigos. Llega el feliz reinado de D. Pelayo; pero la sucesión de este príncipe famoso es solo una cadena de asesinatos y usurpaciones intervalada por eslabones menos criminales.

¿Qué ofrece la primera dinastía de la Francia? Príncipes feroces, ignorantes y libertinos; descompuestas Fredengundas y otras mil princesas, vergüenza y oprobio de su sexo: en el segundo linaje un tropel de hordas bárbaras, uniendo sus vicios salvajes á la corrupción de los descendientes de Carlo Magno, el mas horroroso despotismo por una parte, la mas vergonzosa servidumbre por otra.

En la historia de las demas naciones se ve el cuadro de expediciones militares parecidas á correrías de bandidos, la disolución de las costumbres en las cortes, en las iglesias, entre los grandes y entre el pueblo: reinas alistando sus augustos esposos en las cofradías mas espuestas á los sarcasmos del público; frailes y curas, deshonor de su estado; mugeres sin decencia, maridos bárbaros, hijos armados contra sus padres, vasallos contra sus príncipes. Leed los sermones de Menot de Barlette, de Olibier Maillart, y vereis si las mugeres de su tiempo valían mas que las nuestras.

De todo esto, ¿qué hemos de concluir? Que nuestras eternas y dolorosas quejas sobre la decadencia del género humano son gemidos inútiles; que nosotros somos hoy día lo que se era antiguamente, y quizás aun lejos de haber degenerado, valemos mas que nuestros pasados. Los siglos, como los años de nuestra vida, tienen sus alternativas de bien y de mal; las naciones sus accesos de salud y enfermedad, de sabiduría y locura; pero es preciso siempre volver al pasaje de Séneca. «*Hoc majores nostri quæsti sunt; hoc nos quærimur; hoc posteri nostri quærentur. At ista stant loco eodem stabuntque; paululum dumtaxat ultra aut citra ut fluctus.*» De ello nuestros abuelos se quejaron; nosotros nos quejamos despues de ellos; nuestros descendientes se quejarán tambien despues de nosotros; pero todas las cosas quedarán en el mismo estado poco mas ó menos, como las olas agitadas por el flujo y el reflujo.

G. F. L. de A.

ANTIGUEDADES.

Los camafeos, mosaicos y piedras grabadas en ondo, que se diseñan al pié de este artículo, forman parte de la pequeña colección de antigüedades, que posee nuestro amigo y colaborador el Sr. D. Remigio Salomon, juez de primera instancia de la ciudad de Denia, y que ha podido recoger, á fuerza de tiempo y de un trabajo impropio, de las ruinas de *Clunia*, *hemeroscopium*, *illici* y *sactabis*, de cuyos puntos proceden mil y mil antiguallas, que en su mayor parte se destruyen ó llevan á los Museos extranjeros, porque no se ha fijado aun la consideración entre nosotros, en lo ventajoso que sería para las ciencias y para nuestra

propia gloria, el hacer las excavaciones necesarias, dirigidas por personas competentes, que se prestarían gustosas á ello en los sitios que ocuparon las colonias y municipios romanos, abandonados hoy á manos profanas, que destrazan ó malvenden cuanto sale á la superficie, al renovar la tierra para las labores agrícolas.

Lo que nosotros digésemos acerca del mérito artístico de los citados camafeos y mosaicos y de las estremadas paciencia, habilidad y caprichosa idea de sus autores, sería supérfluo, cuando está harto patente á la vista de todos; bastando saber que unos y otros se componen de piedras finas, que las de los segundos son de variados colores, colocados de modo que las figuritas, flores y demas que representan, parecen robadas á la naturaleza.



EPISTOLAS

EN CONTESTACION AL PROSPECTO DE LOS RECUERDOS DE UN VIAGE EN ESPAÑA, QUE PUBLICA EL SEÑOR DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

I.

Pamplona á 12 de noviembre del año de gracia de 1849.

Pecador soy, señor Mellado, y muy grande, puesto que ejerzo el oficio de fiel de fechos, en este lugar diputado; pero no tanto (á mi pobre juicio) que merezca la espantosa penitencia que V. me impone, enviándome el prospecto y las entregas de sus *Recuerdos*. Recibí lo publicado con tres actos de contrición, que apliqué por tres personas: el primero por mí; el segundo por V. que tan desacertadamente da á luz semejante mamarracho; y el tercero por el triste autor que así quiere ponerse en berlina. Y me pesa mucho mas de que V. y el autor (si no son conjunta persona) hayan emporcado los moldes y su nombre bueno ó malo con esta rarísima rapsodia. Confieso (y digo con reflexión que lo confieso, porque lo tengo por gravísimo pecado) que consentí en la maldita tentación de leerla á pesar de su bárbaro título y de ser cosa publicada por V.: Dios me perdona semejante propósito, como yo perdono á V. el disgusto que me ha causado.

Estas ó semejantes razones decía un crítico del pasado siglo, y las repito, porque vienen á pelo, aunque no soy crítico ni quiero serlo. ¿Quién tan pesada carga se echará

sobre sus hombros en los tiempos que corremos, cuando la cínica ignorancia de los periodistas zurcidores ha envilecido el oficio? ¿Quién asemejarse quiere con los casquivanos y pretenciosos declamadores que han resucitado las agrias polémicas de Forner y compañía?...

Mas ello es que V., Sr. Mellado, desea saber la opinion de sus lectores para publicar ó no el nombre y retrato del autor de los *Recuerdos de un viaje en España*, y preciso me ha sido tomar la pluma para endilgarle dos ó tres epístolas, que si le parecieren agrias, juzgue que otra cosa no puede producir el amojamado ingenio mio, como quien se halla en estas rocas y ventiscas, rodeado de apremios, repartos y otras impertinencias administrativas, rentísticas y judiciales.

Tú lo quisiste
Tú te lo ten :

Con el prospecto me escudo.

Y comenzando por el comienzo, habeis de saber que en cierto pueblo del remate de Andalucía habia un cuatrero redomado, que era un águila en el oficio de engañar bobos y de adobar burros arruinados por el trabajo y los años. Un día en que, gracias á las persecuciones de la justicia, andaba el habilidoso chalan por montes y despoblados, tropezó con un rucio matado, rabon, cojo, ciego y con sus puntas y collar de loco. Tenia muy buen alma el gitano, y como pudo trasportó su hallazgo al lugarcillo mas cercano, y tanto y tan cabalmente cuidó al rucio, que su pelo cambió la color, fueron remendadas las anchas cicatrices de su lomo, se le puso un rabo que parecia como nacido, tomó carnes á fuerza de afreño, de rozarse los dientes se le quedaron cual si fuera mozo, y, para visto de lejos, por detrás presentaba engañosa forma de burro mediano. Llovido cayó un serrano poco avisado, y el cuatrero le presentó la bestia trabada y entre dos luces recomendándosela con estas ó semejantes razones:—«Tome, compadre, el borriquito sobre seguro, que es bueno para todo, así yo no me salvé: hombre, por estas cruces: no lo destrabe, que cocea; pero en el trabajo!... es mas fuerte que los clavos de Cristo!...»

La manera no sé: el serrano entró por todas, y á la noche le llevó el chalan la bestia á su casa. Quiso el arriero poner en recua al *mohino*, y se portó como ciego y cojo. Buscó el comprador al cuatrero y le dijo enfurecido, quemado:—«¿Hombre, no me dijo V. que el borrico servia para todo?...»—«A que lo ha puesto V. á andar?... le interrumpió el chalan sin inmutarse.—«Como que soy arriero,»—«Pues para todo sirve menos para eso.»

Pues para todo, carísimo editor, servís menos para autor de libros: y si no, ¿á que enseñar la cojera en el prospecto, en el título mismo de la obrecilla? Hubiérais aguardado al cuerpo del libro, y Cristo con todos.

Porque decidme, desventurado, ¿qué entendéis por *Recuerdos de un viaje en España*? Por España ya lo entiendo; que así lo dijeron Cervantes, Mendoza, Granada y nuestros clásicos todos; pero de la otra manera no parece sino que nuestra pobre nacion se ha convertido en *omnibus* ó barco del canto. La preposición *en*, que es el *in* latino, señala localidad, la embarcacion, carruage ó cabalgadura en que uno va; y aunque puede usarse hasta de otras nueve ó diez maneras, ninguna tiene analogia con el caso en cuestion. La preposición *por* sabrá V. que ha sustituido á las *pro* y *per* latinas para los usos que se las empleaba en los tiempos de la baja latinidad y de la edad media.

Sed cytisi croceum per prata virentia florem que dice Festo Avieno, de quien V. habrá oído hablar por su célebre poema de *Oris maritimis*; y uno de los casos mas señalados en que exclusivamente oficia la tal preposición castellana es para denotar el tránsito por una parte.—«*Viajaba por el aire.*»—«*Comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba)*, dice el manco de Lepanto y no en el antiguo y conocido campo de Montiel, ni menos volaba en el aire.

Verdad es, Sr. Mellado, que como V. es tan geógrafo, dígalos si no su peregrina *España*, recordaria aquello de Strabon en su libro III, de que la Hesperia se asemeja á una piel de buey, flotante entre ambos mares, y creeria V. que el autor de los recuerdos se habia dado á la vela sobre el tal cuero, y que de tal viaje eran las memorias. ¡Ojalá hubiera sido así, á ver si descubria V. otro mundo ó la *Atlántida* de Platon ó otro apostadero donde no llegase el cólera en buenos dias.

Para que el libro prohibido por V. fuese malo de rema-

te, faltábale solo que en las seis palabras del título hubiese un pecado garrafal contra la sintaxis ó sintesis castellana.

In capite libri scriptum est de me.

«En la frente llevais el sello.»

¡Después del título viene el prospecto!!!!... ¡Oh traductores catalanes acuchilladores de nuestro hermoso idioma; literatos chirles, melencidos y hambrientos; fecundos trovadores de las sociedades y liceos provincianos; novelistas misteriosos de los avisadores locales que nacen para vivir un día; dramaturgos de piezas andaluzas y de comedias de circunstancias; desairados autores cuyos informes legajos yacen entre la basura de los teatros; periodistas de la tijera; correvediles de la gacetilla; sastres de la crónica estrangera; zapateros del folletin con toda la innumerable caterva que se encierra debajo del nombre de literato! Bajad el toldo, amainad las velas, ceded en brios, y no os llameis tales, si capaces no sois de escribir un prospecto como el de los *recuerdos de un viaje en España*. Allí encontrareis los galicismos á cientos, el empirismo á torrentes, el *puff* por *escelencia*. ¡Allí enrevesado estilo, gramática parda, panegíricos *pro domo sua*, con todos los sobajados lugares comunes que para tales casos y cosas estan en uso! Y vos, Sr. Director de la disuelta sociedad literaria, tan renombrado por semejantes dichos, hechos y fazañas, desatocad ante el modesto Sr. Mellado, puesto que daros puede *torre arfil y reina* en el juego.

¡Admirable contraste el que ofrecemos con las demas naciones del mundo civilizado! Mientras que las academias científicas y el gobierno mismo de otros paises se esfuerzan por dar publicidad á los buenos libros; mientras que en Londres, Berlin, Viena y Paris los principales editores dan preferencia á las obras clásicas desdenando las demas, en España los mas ricos y acreditados ceban sus prensas con barbaras traducciones y con detestables rapsodias!...

Soy, amigo mio, demasiado ágrío con V. porque le reconozco prendas para el comercio de libros. Ha creado con fé y constancia una numerosa clientela, ha moralizado á sus corresponsales, y ha planteado un establecimiento tipográfico grande, si no perfecto. ¿Mas qué beneficio han recogido de ello las letras y las artes españolas?... A su buen juicio lo dejo. ¿Podrá el nombre de V. figurar entre los de Sancha é Ibarra? ¿Dónde estan los clásicos antiguos, los libros de mérito literario, las ediciones *ilustradas* con lujo y esmero por artistas como Carmona y Enguidanos, las traducciones siquiera medianas, las impresiones correctas y bellas que debia haber publicado su establecimiento?...

¿Puede compararse la *biblioteca popular* (y cuenta que es la mas aceptable de sus publicaciones) con la de Charpentier, con la de Didot, con el tesoro de Baudry? Pues los tomos en Francia cuestan menos que los de igual volumen de la *biblioteca*.

Siguiera V. intercalando entre sus traducciones obras como la *moral* de Cayetano Cortés, la *Maria* de Santos Alvarez, los *estudios históricos* de Bermudez de Castro y los *viajes de Fray Gerundio*, periódicos como el *Iris* y la *Revista Europea* (que al principio salieron de sus prensas) y no mereciera lo que ahora como editor; publicara V. á vuelta de su abeja, una coleccion de crónicas de las muchas que duermen en las bibliotecas particulares, ediciones correctas de nuestros líricos y dramáticos, de los clásicos griegos y latinos, y su nombre pasaria á la posteridad. Esto no es una personalidad: V. ha contribuido á tergiversar nuestra fecundísima revolucion literaria; V. es un obstáculo para su consolidacion, y debe ser denunciado como tal.

Es muy amargo, lo repito, que hayan monopolizado el comercio de libros, V. con sus pésimas ediciones y su mal gusto, y la *Sociedad Literaria* con publicaciones inmorales, como *La Risa* y *El Dómine Lucas*, ó estravagantes en sus tendencias y de ínfimo valor literario, como *La Maria*, la *Marquesa de Bellafior*, etc.

La Academia de la historia, en tanto, carece de editor para los importantísimos trabajos de sus individuos, para los preciosos manuscritos que guarda en sus archivos; Gayangos tiene que imprimir en Londres las traducciones de nuestros cronistas árabes; Calderon y Galiano se refugian á una revista donde no pueden pagarles el papel que gastan en apuntaciones para cada cual de sus concienzudos trabajos; Lafuente Alcántara, Quinto, Benavides, el numismático Delgado, los principales juriscónsultos reunidos para la Enciclopedia de Jurisprudencia, los comen-

taristas del Código penal, Mata, distinguido en las ciencias médicas, Balmes y otros sabios se han visto obligados á ser editores de sus obras; los poetas dramáticos mendigan un editor para sus comedias; y Rubí, Fernán Caballero y Ariza se acogen á los folletines de los diarios políticos buscando lectores y sacrificando el valor mercantil de su ingenio por la honra.

¡Pobre Delgado, cuya reputación tanto mordieron los poetas tus protegidos, vivieras ahora y estarías muy orgulloso de tu pasado!!... Tú al menos estendiste á costa de grandes sacrificios las primeras obras de Larra, de Espronceda, de Hartzenbusch, de Rubí, de Zorrilla, de Cortés y de Latorre; tú publicaste una galería del teatro español antiguo y moderno y estrangero que será siempre buscada y recomendable por su belleza tipográfica, por el renombre de sus autores que hoy componen lo mas florido de todas las carreras; tú hiciste en fin por los dramaturgos lo que nadie ha hecho por los historiadores, por los sabios, por los novelistas ni por los literatos en general!...

¡Ah! Señor Mellado, cómo hacen la apología de vuestros talentos Muñoz Maldonado, Basilio Sebastian Castellanos y otros de vuestros autores predilectos!...

Mas de mi objeto me estravió mucho, que es dar á usted mi opinión sobre los *Recuerdos de un viaje en España*, para que juzgue si es ó no conveniente el publicar el *nombre y retrato* del autor de esta obra, no sea que la posteridad se descuerne por averiguarlo, y sufran un torozón ó tabardillo pintado los eruditos del año 2000 por ignorar cómo tenía las narices el que tal monumento literario se atrevió á concebir, el que concibió y parió ese *libro para todos*, como V. galícamente dice.

Esta opinión mía quiero darla lealmente y en razones apoyada con alguna que otra reflexioncilla quier aguda ó picaresca, quier de indignación laudable con su coleta de ejemplos y comprobantes sacados del testo que á la vista tengo. Y como esto no cabe ya en la presente epístola, dejémoslo por hoy, que he de refrendar varios pasaportes y acudir á los mozos de mi labranza antes de aconsejar con mi almohada.

Suplicándole me perdone tanta impertinencia hija de mi buen deseo, concluyo

Suyo. afectísimo,

EL FIEL DE FECHOS DE PAMPANEIRA.

La mañana de un Literato.

Muchas personas se figuran que la vida del escritor está sembrada de placeres y satisfacciones, sin tomar en cuenta los sinsabores y disgustos que la rodean, los trabajos y miserias que tiene que pasar el que se siente animado de una verdadera vocación antes de adquirir alguna celebridad, ni los disgustos y penalidades que le aguardan así que su nombre sea conocido y haya conseguido por fin reportar algun beneficio de su trabajo.

Y sobre todo el escritor dramático! Ya en los primeros tiempos de este periódico publicó cierto poeta distinguido un artículo en que con los mas vivos colores hizo patentes las *tribulaciones de un pobrecito autor de Comedias*. Pero aquel artículo se refería tan solo á la desigual y tremenda pelea que constantemente tiene que sostener el poeta contra actores y libreros, á las intrigas de bastidores que tiene que vencer y á las ridículas exigencias á que muchas veces tiene que sucumbir: nada decia de la vida íntima, de las molestias diarias, del perpétuo tormento que está condenado á sufrir el literato y con especialidad el escritor dramático. Cuando á fuerza de estudio y perseverancia ha logrado éste ocupar en la sociedad una posición decorosa y estable, cuando su nombre empieza á ser repetido con encomio y orgullo por sus conciudadanos, le aguardan todavía penalidades sin cuento que antes no conocía ni podía tal vez adivinar porque se figuraba que la gloria solo habia de reportarle aplausos y popularidad. ¡Temible popularidad! Así que un escritor la alcanza se vé súbitamente rodeado por una multitud de entes importunos y fastidiosos que le asedian sin descanso y giran en torno suyo, á la manera que los zánganos al rededor de la flor cuyo jugo intentan chupar.

De este número los mas insoportables son los que poseen un *album*. El *album* es la pesadilla de todo poeta ó artista que goza de alguna reputación. No hay dama vetusta, no hay niña relamida y empalagosa que ya no tenga el suyo, y con el cual no deje de asediar sin descanso, de día y de noche al infeliz poeta que tuvo la desgracia de hacer tal conocimiento. Y si aun fuese un preservativo contra semejante plaga, tener la dicha de no conocer vieja alguna literata, ni niña relamida; pero nada de eso. No basta en el día que el escritor no tenga el menor contacto, la menor relación con la propietaria de un *album*; sobra con que ésta sepa que hace versos: acudirá á su papá, ó á su marido para que escriba una carta muy atenta al desventurado vate, poniéndole en las nubes, exagerando su reputación y rogándole por último que se tome la molestia de enriquecer aquel libro de primores con alguno debido á su pluma.

Por no cansar al lector con la enumeración de los tormentos y miserias de la vida del poeta, preferimos ofrecer á su vista una escena de las muchas en que está condenado á figurar como protagonista. Escogeremos para nuestro intento un literato casado, porque si es cierto que el himeneo es un *dulce yugo*, no lo es menos que las musas y la rima se avienen mal con el llanto de un chiquillo y las obligaciones del matrimonio.

Eduardo es un poeta *distinguido*: tiene una mujer bellísima y dos niños á quienes quiere entrañablemente. Entremos en su despacho, en el cual se sienta á trabajar á eso de las diez de la mañana.

Eduardo (*sentándose en su bufete.*) Pues señor.... Vamos á hacer algo.... hoy me siento inspirado.... (*Mirando al reloj.*).... Las once ya!... Hemos almorzado muy tarde.... Tengo dicho mil veces á mi mujer que quiero encerrarme todos los días á las diez en mi despacho; pero no hay quien la haga entrar en que ha de adelantar ó atrasar la hora de las comidas porque uno esté metido en trabajo ó se halle en un momento de inspiración. En diciendo.... «Ya tienes el almuerzo».... ó.... «ven á almorzar» no hay mas remedio que obedecer, porque de lo contrario bloquean mi despacho y ya tenemos todo el día ceño y mal humor. (*Coge un cuaderno manuscrito que está sobre la mesa.*) ¡Calla!.... qué es esto?... no conozco esta letra.... algun otro mamotreto que me habrán traído.... No sé cuantas veces he de decir que no quiero leer ninguno. (*Hojeando el manuscrito.*) Vaya una letrita! Los tales autores debían aprender al menos á escribir inteligentemente.... ¿Qué especie de avechicho será este? (*Lee el título.*) *El gran Turco enamorado, ó Puñal, Veneno y Dogal!*... ¡Bravo!.... ¡El título promete! ¡Drama en cinco actos y dos prólogos! Esto es; y entreténgase vd. dos ó tres horas descifrando esto. (*Deja el papel en un rincón de la mesa.*) Si habia de leer todos los manuscritos que me van endosando, no sé á qué hora me pondría á trabajar; porque apenas si me bastaría el tiempo para revisar las obras de los demás. Ya la echaré una buena peluca á mi mujer para que no vuelva á recibir ningun papelito por el estilo. Ea, vamos ahora á continuar mi poema á *La Esperanza*.—¡Hola! —¿Dónde me han metido lo que tenía escrito? —¡Adios! —Ya han andado en mi pupitre y me han revuelto los papeles.—Esto no se puede sufrir. (*Llama.*) ¡Luisa! ¡Luisa!

(*Luisa, en traje de casa y con una cofia muy elegante.*) ¿Qué quieres? ¿llamabas?

Eduardo. ¿Has andado tú con los papeles de mi pupitre?

Luisa. ¡Yo! ¿para qué necesito yo andar en tu pupitre?

Eduardo. Pues entonces no hay remedio, ha sido la criada.... ¡hasta las plumas!.... ¡los polvos! Día vendrá en que me han de coger una escena, un capítulo ó otro papel de interés para chamuscar pichones ó hacerse los rizados. (*Gritando.*) Tengo dicho que no quiero que nadie toque á lo que está sobre mi mesa.

Luisa. ¡Jesus! ¡qué furia! Bien, hombre, bien... Nadie tocará. Pero no se necesita gritar tanto para eso.—Dime: ¿qué tal te parece esta gorrita?

Eduardo (*registrando los cajones de la mesa*). ¿Dónde diablos estará el tal poema? —Ayer mismo lo dejé aquí...

Luisa. ¿No es verdad que me sienta bien?

Eduardo. ¡Hasta las obleas! —¡Pues! ¡ni una sola han dejado!

Luisa. ¡Oh! lo que es las obleas las habrá cogido tu hija para jugar. El color de la cinta es bonito, ¿no es verdad?

Eduardo. Si ha sido la niña es otra cosa, con tal que no

se las coma... son bastantes para causarla una indigestion. — ¡Ah! ¡gracias á Dios! — ya está aquí el poema....

Luisa. ¿Ves cómo no se ha perdido y has estado gritando en balde? Pero di: ¿no te gusta el color de estos lazos?

Eduardo (sin mirar á su mujer). Sí, sí, son muy bonitos... de muy buen gusto... te hará muy bien. — Pero, mira, déjame trabajar.

Luisa. ¿Qué tal? Ni me ha mirado siquiera. ¡Vaya un marido galante y caballeroso para ser poeta! Luego vendrán diciéndome: — ¡Jesús, qué dichosa es V. en tener por marido á un hombre de talento! — ¡Ah! ¿has visto esa comedia que te trajeron ayer? Te la puse ahí encima...

Eduardo. Sí, y maldita la gracia que me ha hecho. Dígote ahora y para siempre que no quiero volver á leer mas producciones de hombres á quienes no conozco. Vienen á pedirme á uno su parecer, y si se les dice francamente, se enfadan. Ahora hazme un favor, si quieres.

Luisa. ¿Cuál?

Eduardo. Déjame solo.

Luisa. ¡Qué amabilidad!... Ya voy, ya voy. Cásese usted con un literato! Ni ha reparado siquiera en mi gorra! (Vase Luisa del despacho de su marido; este se sienta en su sillón, coge el poema, lee, se pone á pensar, y en seguida esclama mientras corta los puntos á una pluma.)

Me parece que así puede pasar.

Vamos ahora con la descripción de la mujer. (Frotándose la frente.)

«Ángel consolador, que...

(Se oye arañar á la puerta.)

«Del hombre dulce apoyo... y... y...

(Vuelve á oírse arañar mas fuerte.)

— ¿Pero quién demonios está arañando ahí? ¡Cuando digo que no me han de dejar en paz!

(Cesa el ruido.)

— No parece sino que lo hacen adrede... ¡Eh, ya se me fué la idea!... ¡Ah!...

«Ángel consolador de la existencia,

(Vuelven á arañar con mas fuerza, y oyese dar de puntapiés á la puerta.)

Eduardo. ¿Qué es eso?... ¿quién anda ahí?... ¿me dejarán VV. en paz?

(Levantándose á abrir la puerta. Aparece en el cancel una niña de seis años con un muñeco de papel en la mano.)

La Niña. Soy yo, papá: he llamado quedito porque mamá me ha encargado que no haga ruido... y como soy chiquita no alcanzo al picaporte.

Eduardo (con tono áspero, pero que va suavizando por grados). ¡Cómo se entiende, niña! ¿es V. la que viene... sin pedirme permiso... ¡ah!... esto es insostenible... (Tragándose la saliva.) Vamos, ¿por qué has llorado? ¿qué es lo que quieres?... ya sabes que las niñas que son buenas no lloran.

La Niña (muy deprisa y sin tomar aliento). Papá, es que mi hermano me hace rabiar todos los días, y me ha pegado y me ha roto el hilo de este mono, porque no se lo he querido dejar.

Eduardo. ¡Hola! Conque el señor Carlitos se divierte en eso? Yo le ajustaré la cuenta.

La Niña. Sí, porque le he dicho que te lo habia de contar me ha sacado la lengua y me ha respondido que no se le importa.

Eduardo. ¡Picaronazo! ¡Yo le compondré! ¡Eh! anda, hija mía, vete.

La Niña. Componme primero el monigote.

Eduardo. ¡Ay! hija, no tengo ahora tiempo... ¡qué demonio! (Cogiendo el monigote.) Si has roto todo el hilo.... Aquí debo tener torzal para coser los manuscritos. (Le pone otro hilo.) Vaya, ten, te la he puesto mas larga para que puedas tirar mejor.

La Niña. Muchas gracias, papá.

Eduardo. (Después de dárle un beso.) Ea! Ahora déjame solo, y no vengas á incomodarme (vuelve á cerrar la puerta del despacho), porque me enfado de veras. (Siéntase de nuevo á la mesa, y empieza otra vez á leer.) Vamos á ver... si ahora quiere Dios.

«Ángel consolador de la existencia

Esto es... prosigamos... Yo tenia otro verso... Ah!... «Es la muger»... No, no era esto... Señor! tenia un pensamiento hace poco... Ah! ya está aquí...

«Del hombre dulce apoyo y...

(Abrese la puerta con estrépito y entra saltando y dando voces un muchacho de ocho años.)

El muchacho. Eh! yo puedo abrir... Soy grande y no tengo que poner sillas... Le llevo á mi hermana toda la cabeza.

Eduardo. (Muy enfadado.) Cómo se entiende!... Quién le ha mandado á V. entrar así en mi despacho?... No sabe V. que se lo tengo prohibido?... Fuera de aquí!... Yo le haré á V. que rompa los juguetes á su hermana y la saque la lengua!... Vamos pronto, fuera de aquí!...

(El muchacho, que ha puesto una cara muy compungida conforme ha ido escuchando el regaño de su padre, le vuelve la espalda muy desconsolado y sin contestar una palabra. El padre le vuelve á llamar.)

Eduardo. Vamos á ver, ¿por qué has entrado aquí?.... Algo se trata.

El Muchacho. (Reprimiendo el llanto.) Sí.... pero te has enfadado conmigo.... Me voy.... porque no quiero que te enfades.

Eduardo. Ven aquí, ven, te digo. (Le coge de la mano.) Quién te mete á romper los juguetes de tu hermana?.... No tienes tú los tuyos?... Tú que eres mas grande debias tener mas juicio y no hacerla llorar.

El Muchacho. (Haciendo por llorar.) Sí; pero ella no te ha dicho que me ha echado á perder mi teatro, y me ha manchado todas las decoraciones... Yo queria hacer comedias como tú... ay! ay! ay!... y ya no puedo... porque me han roto las patas de los árboles.

Eduardo. Pobrecillo! Conque te han roto tu teatrillo?... Vamos, no llores... yo te compraré otro... Mira qué hermoso terron de azúcar!

El Muchacho. (Cogiéndole.) Muchas gracias, papá. Ah! dame un lapiz para dibujar unas figuritas... yo le afilaré.

Eduardo. Nada de eso; te puedes cortar, y yo no tengo tiempo para hacerlo.

El Muchacho. Anda, papá!... un lápiz... un pedacito no mas, y te dejo al momento.

Eduardo. (Cogiendo un lápiz y afilándole de prisa.) Eres tan testarudo y tan terco como tu madre! Vamos, ahí tienes el lápiz, pero vete pronto y no me vuelvas por aquí, porque te sacaré de las orejas.

El Muchacho. (Cogiendo el lápiz.) Gracias, papaito. (Vase saltando, y cierra la puerta con estrépito.)

Eduardo. ¡Qué chico tan listo! pues no dice que quiere hacer comedias como yo! (Volviendo á tomar la pluma.) A ver si ahora me dejan.

«Del hombre dulce apoyo y... No, no era esto... La mujer es un ángel... Tampoco!... la mujer está lejos de ser un ángel. Ya se vé, si no cesan de interrumpirle á uno... La mujer es un astro... No... Vamos, es tiempo perdido, hoy no estoy para el paso.

Luisa. (Abriendo la puerta.) ¡Eduardo! ¡Eduardo!

Eduardo. (Dando un puñetazo en la mesa). Voto á... esto ya pasa de raya!... ¿qué quieres?

Luisa. Siento incomodarte, pero vengo á decirte que ahí está ese jovencito, el que trajo ayer esos papeles.

Eduardo. Que se vaya al demonio, él y su Gran Turco enamorado! Pues no me faltaba otra cosa! Dile... dile...

Luisa. Mira, yo no entiendo de eso, tú se lo dirás mejor; pase V., caballero.

(Luisa se marcha y deja paso á un joven vestido muy modestamente, que se deshace en saludos y se queda plantado delante de la puerta, dando vueltas á su sombrero y sin decir una palabra.)

Eduardo. (Para sí.) Acordémonos que todos hemos empezado... Este mozo parece tímido... cualidad rara en el día... (Invita cortésmente al joven á que se siente. Este lo ejecuta en una esquina del asiento, y dice con voz balbuciente:)

Soy el autor de una pieza que habrán entregado á V. ayer. Desearia saber la opinion de V. acerca de ella... y si quisiese ilustrarme con sus consejos... tengo otros diez dramas entre manos, se los traería á V. todos.

— No, no se tome V. ese trabajo; no tengo tiempo; devuelvo á V. su manuscrito.

— Al menos dígame V. qué le ha parecido el drama.

— El título solo me ha aterrado.

— Pues sin embargo, *Puñal, Veneno y Dogal* me parece que es título que anuncia...

— Sí señor, muchos horrores, y por eso mismo.

El Joven. Siento en el alma no oír la opinion de V. respecto de mi drama. Y qué me aconseja V. que haga con él?

Eduardo. Lo que V. quiera. Ya que le tiene V. conclui-

do, nada arriesga V. en darle al teatro. Conque V. me dispensará, pero tengo mucho que hacer, y...

El Joven. (Levantándose y saludando.) Siento mucho haber molestado la atención. Cuando V. esté mas desocupado me tomaré la libertad de traerle un tomo de poesías que pienso publicar.

Eduardo. Para qué? Publíquelas V. desde luego... Conque...

El Joven. (Saludando y marchándose.) Servidor de V.

Eduardo. Agur! (Cerrando la puerta.)

El Joven. (Volviendo a abrir.) Perdone V.; me olvidaba decirle que en la calle de San Mateo, número 50, cuarto cuarto, tiene V. su casa.

Eduardo. Estimando! Ya sabe V. la suya. (Cierra de golpe.) Jesús, qué pesadez! Y luego quieren que no se niegue uno! Nada, nada; de hoy en adelante haré lo que los demás, y cerraré mi puerta á todo el que venga á verme... Eso es; y entonces me privaré de recibir á mis amigos.... Si mi muger y la criada tuvieran un poco de tacto.... Eal pongámonos de nuevo á la obra... y continuemos mi poema á la *Esperanza*... el título es bonito... estoy contento de habérsele puesto... Dónde estaba? Ah! en la pintura de la muger... (Pasándose la mano por la frente.) El tal mocito me ha ahuyentado todas las ideas... Vamos á ver! (Llaman á la puerta de la escalera.)

«Angel consolador de la existencia»

No me gusta esto... (Llaman otra vez.) Maldito joven, con su puñal y su veneno! (Repitiendo en voz baja.) «Angel consolador... (Llaman otra vez con mas fuerza.) Y va de tres! Si se habrán vuelto sordos en mi casa? (Otro campanillazo mas fuerte.) Agua va! Habrá salido mi muger con los niños, y la criada estará en algun recado. Ya pueden llamar entonces, porque no abro. (Recitando.)

«Angel consolador de la existencia
Del hombre dulce apoyo y...

(Suena un campanillazo furioso.) Me van á echar la puerta abajo... No hay mas remedio que abrir. (Levántase á abrir la puerta, y éntrase de rondon un hombre alto y seco vestido de negro, con anteojos verdes, una gran chorrera, y las manos muy puercas.)

—He estado llamando una hora... D. Eduardo de ***...

Eduardo. (Querándole cerrar el paso.) Qué se le ofrece á V.?

El Hombre alto. Es V. por casualidad?

Eduardo. Sí señor.

El Hombre alto. (Metiéndose y dirigiéndose hácia el despacho.) Me alegro infinito, porque he estado muchas veces á ver á V. y nunca le he encontrado... En Madrid no tiene nada de extraño; pero como yo vivo lejos, y el memorialista del portal me ha dicho que estaba V., no he querido irme sin...

Eduardo. Tendrá V. la bondad de decirme en qué...

El Hombre alto. Sí señor, á eso voy. Deseaba que V. me concediese dos minutos de audiencia; es un asunto sumamente sencillo.

Eduardo. (Observándole con atención.) No trae papeles, puedo aventurarme. (Le deja paso y le ofrece un asiento en su despacho. El hombre alto se arrellana en el sillón y saca la petaca.)

El hombre alto. Pues señor, el caso es el siguiente... ¿Gusta V.?

Eduardo. No señor, gracias, no fumo.

El hombre alto. ¡Dichoso V! A mí no me bastan dos cajetillas al día. Me lo han aconsejado los médicos para facilitar la expectoración. (Enciende un fósforo.) Pues señor, como decía á V., el caso aunque sencillo es un poco largo. (Enciende el cigarro. Eduardo frunce las cejas y lanza un suspiro.) Aquí donde V. me vé, soy un hombre que ha viajado mucho... he corrido medio mundo... de resultados de un sin número de aventuras que seria muy largo contar á V... encontrábame yo cierta mañana de invierno en medio de los Apeninos... le puedo asegurar á V. que no tenia calor.

Eduardo. ¿Pero dígame V., caballero, me va V. á contar su historia?

El hombre alto. (Continuando sin hacerle caso.) Otra vez estando en Africa en mitad de la canícula, por cierto que tomé una mutación, y se me oscureció de tal modo la tez, que parezco un mulato como usted vé.

Eduardo. (Impaciente.) ¡Caballero! yo no sé si V. es ó

no mulato, ni eso me interesa, sino que V. me diga á lo que viene.

El hombre alto. Tambien en una ocasion hice á pié el camino de Milan á Nápoles. Hay una distancia regular. Llevaba unas botas rotas por circunstancias que seria prolijo enumerar. (Presentándole de nuevo la petaca.) ¿Fuma usted?

Eduardo. (Incomodado.) He dicho á V. que no, y ahora le añado que el tiempo es precioso y que se sirva decirme cuanto antes lo que quiere.

El hombre alto. Voy pues al caso. Por la ligera reseña que acabo de hacer á V., habrá venido en conocimiento de las muchas aventuras que me han pasado en treinta años de viajes. Ahora bien, yo sé que V. escribe dramas y novelas, y podemos hacer fortuna los dos. Le vendo á V. mis aventuras, y V. las aprovecha para sus publicaciones, y se lleva toda la gloria.

Eduardo. (Sentándose.) Señor mio, si yo hubiera adivinado el objeto de su visita de V., no hubiera durado tanto. Yo no compro aventuras.

El hombre alto. ¡Cómo! ¿Se niega V! Mire V. que es un negocio seguro, y que yo le hubiera hecho un trato muy razonable. (Eduardo se encoge de hombros y se sonrie con desden dirigiéndose hácia la puerta.) En fin, una vez que no quiere V... hágame V. la caridad de prestarme un duro... porque me hallo bastante apurado... y no sé...

Eduardo. (Abriendo la puerta de su despacho é intimándole que se marche.) Si V. hubiera empezado por ahí, tal vez lo hubiera conseguido; ahora es escusado que V. insista, porque yo no acostumbro á hacer limosnas por sorpresa.. (Alzando la voz.) Jacinta, abre la puerta.

El hombre alto. (Deshaciéndose en saludos y marchándose.) V. dispense... Yo, ya se vé... un apuro... Beso á usted la mano.

Eduardo. Vaya V. con Dios.

(Le despide secamente y vuelve á encerrarse en su despacho con muy mal humor. Coge la pluma y repite en voz baja.) «Angel consolador...»

—¡Habrás truan! Impulsos he tenido de...

»La muger es un ángel, un tesoro...

—Ni sé lo que me digo.... Tengo la cabeza perdida.... Vamos á ver, meditemos un poco, y tal vez.... (Apoya la frente en la mano y quédase pensativo. Luisa abre la puerta con tiento y asoma la cabeza diciendo):

Eduardo, perdona, una palabra no mas.

Eduardo (Sin contestar.) Continuemos;

»Supremo bien...

Luisa. ¿Has oído, Eduardo?

Eduardo. (Volviéndose sorprendido). ¿Qué es?... ¡Ah! Vamos á ver: ¿qué hay?... ¿qué quieres ahora?... ¿acabaremos hoy?... ¿se ha pegado fuego á la casa?...

Luisa. ¿Cómo le quieres, frito ó con salsa?

Eduardo (dando un puñetazo sobre el pupitre, de cuyas resultas van por el suelo los papeles, y déjase caer desanimado sobre el respaldo del sillón). ¡Esto es insostenible... inaudito... tremendo!... ¡Incomodarme por un pescado... por un guisote... cuando no he podido en toda la mañana hacer un verso!... ¡Quitate de ahí... Tú no debías ser mi mujer... Debías estar casada con un memorialista!..

Luisa. Vaya, bien; pues entonces le comeremos con aceite y vinagre (vase).

(Eduardo, que ha vuelto á quedarse solo, permanece inmóvil y anonadado contemplando su pupitre. Cállese por fin, y cuando, habiendo recogido de nuevo sus ideas, toma la pluma y se dispone á escribir, oye á sus hijos gritar en coro á la puerta diciendo:)

—¡A comer, papá, á comer: la sopa está en la mesa!

(Eduardo, desesperado, arroja por última vez la pluma exclamando:)

—Aquí tienen VV. la mañana de un literato!

El Buca Samaritano.

«Y se levantó un doctor de la ley y le dijo por tentarle:— Maestro ¿qué haré para poseer la vida eterna?— Jesús, tomando la palabra, contestó:—Un hombre baja la

de Jerusalem á Jericó y dió en manos de unos ladrones, y despues de haberle herido le dejaron medio muerto y se fueron. Aconteció, pues, que pasaba por el mismo camino un Sacerdote, y cuando le vió pasó de largo. Y asimismo

un Levita, llegando cerca de aquel lugar y viéndole, pasó también de largo. Mas un Samaritano que iba su camino se llegó cerca de él, y cuando le vió se movió á compasión; y acercándose le vendó las heridas, echando en ellas



aceite y vino, y poniéndole sobre su bestia lo llevó á una venta, y tuvo cuidado de él; y otro día sacó dos denarios y los dió al mesonero, y le dijo:—Cuidamele, y cuanto gastares demas yo te lo daré cuando vuelva.—¿Cuál de estos tres te parece que fué el prógimo de aquel que dió en manos de los ladrones?—Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia.—Pues vé, le dijo entonces Jesus, y haz tú lo mismo.»

(Evangelio, segun San Lucas, cap. X.)

A UNA FLOR.

¡Oh flor hermosa de aromada esencia!
Jamás mis ojos la verán inerte:
Esta encendida flor, que la clemencia
Destinó para mí de una alma fuerte,
Irá por siempre unida á mi existencia,
Y cuando arrecie el huracan de muerte
Que ha tiempo en torno de mi frente zumba,
Ella conmigo bajará á la tumba.

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con el presente número recibirán nuestros suscritores el prospecto del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, que rogamos lean con detenimiento.

La obra que regalamos se repartirá en Madrid del 15 al 20 de diciembre, porque antes no habrá ejemplares en

número suficiente para hacer la distribucion de una vez: en ésta se procederá bajo el mismo sistema que se observó el año anterior, con el regalo correspondiente al actual.

Con la debida anticipacion anunciaremos el día que haya ejemplares de LA TIERRA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR.

Don Leandro Fernandez de Moratin escribió con el título de *El Gran Teatro* el siguiente epigrama:

EL MUNDO COMEDIA ES,
Y LOS QUE CINEN LAURELES,
HACEN PRIMEROS PAPELES
Y Á VECES EL ENTREMES.

EXPOSICION RAZONADA del método de enseñanza universal de José Jacotet y de algunos ejercicios para practicarlos en el estudio de la lectura, de la escritura, y de la lengua materna.

Hay muchos padres de familia á quienes no satisfacen los resultados que obtienen sus hijos en las escuelas de instruccion primaria; hay madres que de buen grado consagrarían dos horas diarias á la enseñanza de los suyos, si conocieran algun medio de suplir sin desventaja los oficios del maestro autorizado por la ley; hay, en fin, profesores de educacion que comprenden toda la importancia de su ministerio, y desean enterarse de los métodos nuevos con ánimo de corregir lo defectuoso y deserrar lo absurdo que indudablemente observan en los actuales. Para unos y otros se publica este libro.

Un tomo de 144 páginas en 8.º, edicion bella y compacta, á 4 rs. en rústica. Librerías de La Publicidad, calle de Correos, y de Castillo Brun, calle Mayor.

TELEMACO, HIJO DE ULISES, por FENEON. Nueva version castellana de don J. A. M.

Un tomo de 150 páginas en 8.º, bella y compacta edicion, á 4 rs. en rústica. Librerías de La Publicidad, calle de Correos, y de Castillo Brun, calle Mayor.

Oficinas y establecimiento tipográficos del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.